

lleva consigo el germen divino, que forma la esperanza de algun pueblo. Un buque era el que llevaba, de isla en isla, de reino en reino, el corazon de San Pablo, que sembraba la semilla de la regeneracion social. Buques fueron los que llevaron la buena nueva hasta los confines del mundo; y como si la vista del mar fuera el horizonte mas propio para esa palabra, San Pablo predicaba en un buque, y Jesús evangelizaba á menudo desde él á la multitud: *et iterum capit docere ad mare... ita ut navim assedens sederet in mari... et docebat eos* (MARC., 4). La semilla de la eternidad viaja tambien todos los dias en buques, y va á renovar la vida en las naciones infieles. Ahora comprendo porque parece que me mira ese buque, y que me dice en su lenguaje profético: Bendecidme, para que pueda ser instrumento de salvacion.

He venido aquí por invitacion tuya, fortaleza del genio del hombre, y Dios es quien me envia á ti para decirte: Recibe la bendicion del Altísimo, y camina no ya solamente en alas de los vientos, sino en las que supo darte la inteligencia humana. Sé digno de tu mision: que los vientos te sean favorables: lleva á las naciones extranjeras las riquezas de nuestro suelo y de nuestra industria; pídeles en cambio lo que la previsora naturaleza ha preparado para nosotros en las comarcas apartadas; y que esta mútua comunicacion sea un simbolo de la fraternidad y del cambio de cariño, que deseamos conservar en todas partes. Si un misionero de la buena nueva sube alguna vez á bordo de ti, ofrécele siempre una generosa hospitalidad, y ténete por dichoso llevando con él la palabra, que es la verdadera riqueza de las naciones. Anda, pues, con fiado, nuevo peregrino del mar, respetente las olas como un objeto bendecido; que la Providencia te preceda en tu camino, y te prepare siempre una segurísima ruta en medio de las olas.

Debo daros las gracias, señores, por haberme invitado á esta fiesta marítima; bastaba un deseo de parte vuestra, y mi corazon estaba asaz interesado para no acudir con toda prontitud al llamamiento. Vuestro corazon, eminentemente religioso, ha querido que la bendicion del cielo viniera á consagrar esta obra tan bella de vuestros trabajadores, y asegurarles las felicidades de un porvenir religioso. Dignese el Señor colmar los deseos de vuestra alma, y tomar bajo su particular proteccion este buque y su tripulacion.

¡Ojalá me fuese dado ahora, en que este gigante del mar, olvidando su pesantez, va á romper las olas para dirigirse á lejanos países, daros á conocer todo lo que simboliza esta ceremonia religiosa! Toda ceremonia material contiene una idea divina; pero el verdadero es-

píritu cristiano consiste en descubrirla y aclararla. Este buque, estos instrumentos, estas playas me recuerdan, que tambien se construye un buque en los astilleros de la vida. El ensayo es mas ó menos doloroso, y el género humano es como un vasto puerto donde siempre se está construyendo: las almas esperan en él: cada una tiene su forma y grado de perfeccion; algunas, tímidas navecillas, no verán mas que las tranquilas orillas de los rios ignorados; otras irán con sus mástiles y velas á desafiar las iras del Océano. Llega el dia de la partida, el gran dia en que, terminado el viaje, vuelve el alma al mar de la eternidad. Permitidme, hijos míos muy queridos, que termine por una bendicion de las mas cariñosas para vuestras almas, cuyo símbolo es el buque. ¡Ojalá que pudieran edificarse, y formarse todos los dias por el contacto de las cosas de esta vida, como los costados del buque que golpea el martillo del trabajador! ¡Ojalá que pudieran bajar tranquilamente por el rio que nos separa del Océano de las almas, y descansar en él por el reposo de una felicidad infinita!

BENDICION DE UNA CAMPANA.

Buccinate in insigni die solemnitis vestra: quia præceptum in Israel est.

Tocad las trompetas en el gran dia de vuestra solemnidad; pues es un precepto dado á Israel.

(*Psalm. LXXX, 5.*)

El pueblo de Dios marchaba á la conquista de la tierra santa al son de los instrumentos: al mismo sonido las tribus reunidas daban el grito de guerra, cuyo grito temible, luego que era oido por los dos ejércitos, llenaba de confianza á los hijos de Israel, y difundia el espanto entre las naciones enemigas; y las solemnidades del Dios de Ja-

cob se celebraron en Jerusalem en medio de los mismos ecos. Sin embargo, hermanos míos; ¿qué era el culto de los Hebreos en comparación del de los cristianos, su sacerdocio respecto al nuestro, sus víctimas cerca de nuestra víctima, sus observancias comparadas con nuestros sacramentos, y sus figuras con nuestras realidades? ¿No se ha sucedido la luz á las tinieblas? ¿No ha visto la Sinagoga desvanecerse los sueños de su equivocada ambición? ¿No ha venido una nueva ley á esclarecer los restos de la antigua? En fin ¿qué es Moisés comparado con Jesucristo?

¿Debemos pues sorprendernos ahora, de que su Iglesia, madre atenta y vigilante, haya establecido, desde las edades mas remotas, señales, que condujesen sus hijos por los caminos de la piedad á la casa de la clemencia infinita? ¿Es bastante pura la palabra del hombre para convocar á arrepentirse, á la inocencia y á la desgracia? Era necesario subir á los sitios elevados donde el tiempo se regula; era menester que la ancianidad y la niñez entrasen en comunicacion de las riquezas de la gracia por la distribucion marcada de las fugitivas horas; era, en fin, preciso, que la Esposa de Jesucristo imprimiese un carácter particular al metal sagrado, que llama á la asistencia á sus festividades, y que derramase sus bendiciones sobre el instrumento de las bendiciones divinas.

Entremos, hermanos míos, en el espíritu de esta ceremonia. ¡Oh María, protectora de nuestro celo! yo os saludo y os invoco. Alcanzadme las luces del Espíritu Santo. A. M.

1. ¡Cuánto hay de nobleza y de caridad en nuestra religion! Todo lo que su Iglesia confiesa y practican sus ministros, segun las reglas establecidas por su infalibilidad, tiene por objeto la gloria del Criador y la santificacion de la criatura. Los detalles de nuestra liturgia son emblemas de amor, y hasta en las cosas inanimadas, que pertenecen al culto, respira la suprema bondad. Dirigid la vista hácia esa campana ofrecida para recibir la bendicion de la Iglesia: el color de su vestido es el símbolo de las costumbres cristianas; el agua que debe purificarla os anuncia que nuestros corazones no han de estar manchados para ser agradables á Dios; y las multiplicadas unciones con el santo óleo avisarán vuestra endeblez, de que siendo los soldados de Jesucristo debeis revestir las armas de la fuerza, y llevar el casco del heroismo espiritual. En los signos repetidos de la cruz nos recuerda la Iglesia, que de las espinas sangrientas que la rodean, penden las coronas destinadas á la fidelidad de nuestra vocacion.

Aunque la ignorancia ó la impiedad no vieran en nuestros ritos

mas que una reunion minuciosa de fórmulas y de prácticas, sin mas mérito que el de su antiguo uso, seria ya mucho á los ojos de la fe conservar y perpetuar la venerable memoria de nuestras costumbres, que, haciendo parte de la tradicion, sube hasta las edades primeras del cristianismo; pero nuestros ritos son aun mas la memoria de los pastores, y el cuadro por excelencia de nuestras obligaciones comunes: es un código benévolo é instructivo, donde está escrita la prueba diaria del amor del Criador hácia la criatura: el Bautismo es quien da al hombre sus derechos á la felicidad: la Confirmacion, quien le arma con un escudo impenetrable contra las seducciones: la Penitencia, la que le reconcilia con Dios y consigo mismo: la Eucaristía, de donde saca, unido intimamente con el Autor de todo don perfecto, esa sabiduría y esa constancia que le mantienen en los senderos de la virtud: la Extremauncion, la que difunde el ánimo en el alma del enfermo encadenado en el lecho del dolor: el Orden, quien asegura consoladores y amigos al infortunio y á la fragilidad, sanciona los votos de los ministros del altar, recibe sus juramentos y une á ellos el sello de la divinidad; y el Matrimonio, el en que la sociedad conyugal viene á reclamar la proteccion del cielo y á implorar sus favores: por manera, que los discípulos de Jesucristo, desde la cuna hasta el sepulcro, están bajo la benéfica tutela de su religion. Ciertamente, que todos nuestros ritos no son igualmente augustos. Sin embargo, hermanos míos, ¡cuántos pensamientos elevados, cuántas máximas correctivas saltan de ese metal, luego que la Iglesia le ha consagrado! Entónces todo es leccion y ayuda: y ¿qué no nos dice el incienso que va á quemarse? Con él se simboliza el buen olor de la inocencia, el amor divino, que debe abrasar las almas, la oracion, que asciende fuego del humilde y suplicante, y sobre las alas de la esperanza hasta el trono del Eterno. Mas digna es de compasion que de vituperio la fatal indiferencia de nuestros dias, que desprecia tan patéticos espectáculos, ó calumnia tan bellas instituciones.

2. Escuche y confúndase. ¿No se mezclan en todas partes los beneficios, que prodiga la Iglesia al sonido de la campana? ¿No es ella quien da vida á todos los actos y pompas de la religion? Ella señala por los aires el nacimiento de vuestros hijos y la dicha de la paternidad; os acompaña á las tristes exequias de vuestros parientes, á esos sentimientos supremos, á esas últimas despedidas de la piedad y del cariño. ¡Concierto majestuoso, que preside á todas las escenas del orden presente! Harpas proféticas, liras inspiradas, callaos; vosotros no sois mas que débiles bosquejos de las trompetas del cristianismo. Hombres frívolos y ligeros: tal vez no me creereis; para el

anacoreta, que se entrega á penitencia sin medida y sin límites, ¿no es, en cierto modo, el sonido de la campana la voz de la eternidad? ¿No es para el justo moribundo la de la clemencia? Y ¿no es para el desgraciado la del consuelo?

Quiero representarme un patriarca campesino, cuyas manos he- ladas con la edad abren aun surcos trabajosos en un suelo estéril. Su hijo está á su lado, lleno de respeto hácia los blancos cabellos de su abuelo. ¿Por qué están con las cabezas descubiertas? ¿Por qué ambos levantan sus ojos al cielo? Advertidos por la campana de la aldea, invocan á la Madre del trabajador, á la Protectora del indigente; y en su oracion, aunque corta y humilde, se encierra toda la ciencia de la religion. Saludan con el ángel á la Hija de Jacob, que ha ofrecido su único Hijo para nuestro rescate, y á sus almas descende la esperanza de recoger el fruto de sus sudores, las promesas para lo futuro, y las delicias de la paz. Instrumento maravilloso, que colocado entre el cielo y la tierra, se encarga hácia aquel de las promesas del reconocimiento, de los suspiros del infortunio, de las necesidades del hombre, y trae á la tierra la resignacion en los dolores, los socorros no esperados, y los deleites de la buena conciencia.

Transportémonos bajo esos techos derruidos, en esas casas de adobe, donde parece que la luz no penetra sino con trabajo. ¿Qué es lo que vemos? Una madre pálida consumida por la necesidad: un padre que sucumbe bajo el peso del trabajo, una familia que pide pan y que no es oída. En tan cruel angustia, ¿de dónde le viene ese rayo de serenidad? Del cielo y del tiempo: la campana del templo, á quien miran como el órgano celestial, les da valor y paciencia. « Los ricos nos abandonan; pero nosotros tenemos á Dios por refugio: Él se digna de hacerse oír, y en escuchándole, nosotros sufrimos ménos. » De este modo, la campana, de la que no salen palabras duras, ni repulsas humillantes, ni reprensiones altaneras, dulcifica sus penas y adormece su miseria. ¡Impíos tan ávidos por toda clase de metales! aquí hay uno, que no podeis disputar sin crimen á la indigencia, que lo prefiere á vuestro oro y á vuestras riquezas. ¡Oh admirables instituciones! ¡Cuánta sabiduría hay distribuida en toda nuestra economía religiosa! ¡Cuán atras deja esta economía religiosa lo que la antigüedad preconiza con tanto énfasis de sus ritos, de sus usos y de sus costumbres!

¿Cuántas veces nuestros tañidos han herido los oídos del ateo? Yo veo escaparse su pluma de su mano sacrilega, y oigo á su conciencia (donde Dios ha llamado) sufrir con estremecimiento el clamoreo lú-

gubre de la muerte. ¿No tienen las campanas también su soberanía? La de la siega, que pone en movimiento los carros de la abundancia; la de los bajeles, que va suspendida sobre los abismos del mar; la alegre esquila, única música del pobre; los nobles voleos con que se celebran nuestras festividades; la campana con que se toca á fuego, y que despierta los temores, los intereses, todos los afectos, y que de todos los habitantes de la ciudad forma un pueblo de hermanos; la de la montaña, que llama al viajero extraviado en las horriboras tinieblas de la noche por entre el melancólico silencio de los precipicios; la del palacio tan conocida de los necesitados, los cuales recogen las migajas de la mesa; la del monasterio, que anuncia el banquete de la caridad al peregrino, que tiene sed y hambre; y ¡la campana natal! ¡cuántos encantos encierra en su piadoso rumor! Cada vibracion del metal renueva las deliciosas memorias de la edad primera: es el instrumento mismo que retumbó sobre nuestra cuna, que publicó en los lugares del contorno, que la milicia cristiana tenia un combatiente mas: amor filial, ternura maternal, educacion, todo se encuentra en las reminiscencias encantadas de la campana natal.

¿Quién de nosotros, que tenga un corazón cristiano, no participa aun de las alegrías santas de nuestros virtuosos abuelos, cuando solemnizaban el día del Señor? Desde el alba, la campana con sonidos estrepitosos, elevaba su espíritu hácia el Dios infinitamente bueno, que ha sobrellevado la ignominia de la cruz para proporcionarnos los bienes de la eternidad. El celo se ha apresurado á cubrir de flores los altares: nuevos sonidos aun mas ruidosos conducen al templo á la multitud, y la inocencia candorosa se ve enfilada con orden inmediata al santuario. Empiezan los cánticos de la fe, los instantes misteriosos se aproximan, el sacrificador, que es su padre, su amigo, ofrece la víctima: todo está prosternado, todo ofrece adoracion, y cada cual vuelve á su modesto hogar cubierto con los tesoros de la gracia. Se sienta á una mesa frugal, que la campana santifica, en cierto modo, hácia el medio día, y se invita por medio de la oracion al que mantiene los pájaros del cielo. ¡Oh campos amados de Dios! ¡Feliz el campesino cuyo placer se cifra en llenar sus deberes, y cuyas opiniones se limitan al catecismo! Hombre de fe, es rico en su medianía, y ningun sentimiento sufre por consecuencia de deseos temerarios. Sin proyectos quiméricos, su solicitud se fija en la tierra; ni espera sino en el que la fecunda, ni pide al Autor de todas las cosas, sino que bendiga su familia, sus mieses y su lugar.

No hay idea noble, que las campanas no despierten. Ellas penetran hasta el fondo de nuestros mas íntimos dolores, que alimentan

para hacémoslos ménos amargos. Nuestras campanas recuerdan nuestros deberes, todas las obras y todos los sacrificios que pueden endulzar la suerte de los difuntos. Mas fuertes que el olvido, sonoras como el reconocimiento, encargadas por la religion del mas útil de los misterios, le llenan á toda hora, respecto de todas las edades y para todas las condiciones. No hay oído sordo á sus llamamientos: verdaderamente que el cielo las ha hecho sus mensajeras. Por último, nuestras campanas dan á la religion el poder de hablar á nuestros corazones aun por encima de nuestros templos.

Metal sagrado, animate: celebremos juntos las divinas munificencias. Metal sagrado, animate: toca, á la perpetuidad de la fe, á pesar de las potestades enemigas ó envidiosas: toca, al descanso de las conciencias y á la reconciliacion de un gran pueblo con la verdad: toca, á los invariables destinos de la Iglesia católica á quien afirman las mas recias tempestades. Metal sagrado, animate: toca, á la fecundidad de nuestros planteles evangélicos, que crecen en medio de la cizaña: toca, por las conquistas pacíficas, que no hacen correr mas lágrimas que las del arrepentimiento: toca, por la sublime magnificencia de la moral, por la pompa inocente de nuestras festividades y á la preciosa enseñanza de la creencia: toca, por los prodigios del ministerio santo, por tantos cambios imprevistos, tantos resentimientos pacificados y tantos pesares dulcificados. Metal sagrado, animate: toca, por la conservacion de las leyes protectoras y por la felicidad de los cristianos todos. Metal sagrado, animate: toca, por la salvacion general de nuestros hermanos.

Metal sagrado, animate: tu voz es la de la alegría y de la concordia: *vox exsultationis et pacis*. Tú no tienes sino buenas nuevas que manifestar á los justos: *vox exsultationis et pacis*. La lira de los Hebreos habia enmudecido, cuando su cautividad en las costas de Babilonia: tú embelesas nuestros tedios en la tierra de la peregrinacion: *vox exsultationis et pacis*. A nuestro tránsito desde la noche de los tiempos al día de la eternidad, tú dulcificas los rigores de la muerte dando al cristiano la señal de la inmortalidad: *vox exsultationis et pacis*; y la última hora en que tú suenas por él, es para él la primera de la gloria solamente sólida, solo digna de ser ambicionada, solo inmutable.

Véase: CAMPANAS.

BENDICION DE UN CANAL.

DISCURSO.

Señores: el Dios que abre la mano para colmar á todas las criaturas de sus bendiciones; que da al día su luz brillante y á la noche su tranquilidad; el que viste de lirios los valles y los embellece con los primores de la vegetacion; el que hace brotar y troncha los frutos de nuestros campos; el que se complace en difundir sobre la tierra *rios de leche y miel*, y nos dispensa sin limitacion *el medulo del fromento y la sangre de la viña*, segun la expresion de nuestros profetas; el Dios que para fecundar nuestros campos envia el rocío de la mañana y la brisa de la tarde; este Dios se complace en ver á su viva imágen, al hombre, simple viajero en este mundo, asociarse á las obras de su providencia por medio de las grandes y constantes empresas de la industria.

Así como el águila para lograr que sus hijos empiecen á ejercitarse en hacer uso de sus alas, les da el ejemplo, los llama y luego les presta su auxilio, los sostiene con las suyas; así tambien el Padre que está en los cielos, os ha conducido, señores, á este desierto, y en medio de estas tierras estériles.

Aplaudiendo vuestros generosos pensamientos, alentó vuestros esfuerzos y os invitó á conquistar todos los tesoros de la fecundidad. Vosotros comprendisteis las miras de su amor, y cediendo á una confianza y un valor extraordinarios, habeis sabido dar á estas tierras estériles el don de la fertilidad. Las aguas seguian su corriente sin provecho, y la tierra á pesar de su sequedad no se utilizaba de ellas: la Providencia divina os inspiró la idea de que regularizaseis su curso y le abrieseis un nuevo cauce, haciendo que el agua pague el debido tributo que ha de dar nuevo aspecto á esta campiña.

Bendito seais, Dios mio, que amais con eficacia á todos los hombres, porque todos son criados á vuestra imágen, todos son redimidos á costa de la preciosa sangre de vuestro Hijo. Vuestra es toda la